

UN RAPTO.

NOVELA HISTORICA.

I.

Imitando a la jeneralidad de los escritores, aunque tal no sea yo, preciso será que empiece fijando una época.

Era, pues, el año de 1817.

Valparaíso, si bien en ese tiempo no ostentaba mas que el pajizo rancho o la vetusta casa con sus murallas de fortaleza y aspecto de lo mismo; si varias de sus calles, por no decir todas, eran casi intran-sitables bajo muchos aspectos; si apenas se sentia ese movimiento, esa agitacion que hoi aturde a los de por sí aturdidos provincianos que suelen visitarnos; si a su bahia no arribaba mas que de tarde en tarde y a los gritos de *navio! navio!* una que otra embarcacion *triguera* con dos o tres meses de navegacion desde los puertos del Perú; si sus habitantes no sabian mas que rezar bien, leer mal, muchos apenas deletrear y no pocos ni el *Cristo* conocer; si era una gran novedad encontrar en una casa lo que hoi se llama piano y entonces *clave*, dándose este nombre como célebre a la calle en que se tocaba; si no habia mas policia que la *sevillana* o la *daga* que cada cual ostentaba en su cinto o en la bota guardaba:—si Valparaíso tenia todos estos defectos, decimos, en cambio se vivia en él mas feliz que hoi dia. La crítica era entonces casi desconocida, o por lo menos no habia llegado al grado en que la ha colocado la civilizacion, pues nadie ignora que a su impulso todo marcha, sea bien o mal. En esos tiempos se paseaba, se divertia, se comia, se dormia en fin con inocencia; y esto equivale a decir que se vivia con felicidad.

Acaso no será mucho avanzar si decimos que la naturaleza misma contribuia a solazar la vida del porteño. Con la primavera los alrededores de Valparaíso pasaban por una agradable metamórfosis: los

campos o cerros que circundan la poblacion, menos maltratados por la mano del hombre, se presentaban cubiertos de vejetacion y engalanados con las variadas flores que, si hoi abren su cáliz al amor del templado sol de primavera, es para probarnos que ellas tambien han ido dejenorando como la pobre humanidad !

Algunas humildes casas levantadas en esos cerros, casas que parecian haber brotado de la tierra junto con los árboles que las sombreaban, eran entonces verdaderas moradas de campaña. Colocadas en medio de ese estenso jardin silvestre, como era el campo en la estacion florida, sus moradores aspiraban un aire purificado por el mas saludable de los ambientes, cual es el que emana de las benéficas yerbas y plantas que producen nuestras tierras.

Penetrar en una de esas casas, contemplar cuanto objeto encerraban, conocer las costumbres o jénero de vida de sus habitantes, todo, todo equivale a encontrarse con la felicidad.

Empero, vamos a entrar con el lector en una de ellas, y veremos como la desgracia tambien allí buscaba asilo, asi como supo encontrarlo en el PARAISO mismo.

Si no por novedad o interes, al menos por lo frio de un viento casi glacial que sopla en una noche del mes de agosto, noche clara-oscuro (y permítaseme la espresion) pues que una media-luna no disipa del todo las sombras de la noche ; por nuestra conveniencia, pues, introduzcámonos, aunque sea de rondon, en una casa situada sobre uno de los cerros que por el Oeste encierran la poblacion de Valparaiso, posicion prominente de donde se podia, a mui corta distancia, dominar todo el puerto con su agrupamiento de edificios y la bahia con sus esparcidas naves, yendo la vista a perderse, cuando no entre las cordilleras de los Andes, allá en el espacio en que se dilata el majestuoso océano.

Al poner el pié en el umbral, ya podrá inferir el lector que las ocho han dado, no porque en tan pobre casa hubiese reloj ni cosa parecida, sino porque la familia reunida reza con la mayor veneración bajo la penetrante y escudriñadora mirada de sus padres.

Todo el ajuar de la casa consiste en unas cuantas silletas de madera, otras tantas de madera con paja, y hasta una de madera, cuero y paja: aquellas pintadas, éstas teñidas, y la última, de macizos brazos, mui dibujada y claveteada con algunos tachones amarillos. Entre estos muebles sobresale por su vénéable actitud un viejo escaño de seis patas y tres brazos, del cual colgaban las guedejas de dos grandes y motudos cueros de carneros parduzcos.

Sobre una mesita, estampados en lienzo unos, y en papel otros,

veíase una congregacion de santos presididos por un Cristo de bulto, todos alumbrados mui de cerca por un escuálido velon de sebo. El grupo de la familia se hallaba postrado sobre una tarima de madera que estaba cubierta con una estera que no dió de sí para lo demas de la pieza.

Terminado el rezo con « una salve para los que estuviesen en pecado mortal, » los niños fueron desfilando en el órden de edad y retirándose al dormitorio, pero no sin tener antes lugar el correspondiente *besa-manos*, ceremonia en que el niño decia:

—La mano, padre.

—Dios te haga un santo, hijo, agregaba el padre, con las mejores intenciones de su alma, al sentir los inocentes labios en el dorso de la ríjida mano que poco antes hiciera chasquear el látigo para *sacudir el polvo* a su querido hijo.

Luego, con el reposo de la familia, la casa quedó en el mayor silencio, siendo solo interrumpido de cuando en cuando por el cercano y casi aterrador válido de algun animal vacuno de los que estaban en el corral. Y ya es tiempo de que el lector sepa que aquella casa era una lecheria, cuya fama habia sido proverbial, no tanto por la buena calidad del artículo que se espendia, cuanto por ser su vendedora la mas linda, aguda y vivaracha de las lecheras.

II.

Ahora que están solos los jefes de la casa, marido y mujer, porque los niños duermen ya el sueño de la inocencia, convendrá que les conozcamos mejor. El hombre, jóven aun, pues apenas tendrá unos treinta y cuatro años, manifiesta un malestar fácil de descubrir a primera vista. De unos ojos algo pequeños, pero tan negros como penetrantes, facciones nada toscas, pelo no mui negro, tes sonrosada, cuerpo ágil y de mediana estatura, lo hacian un hombre nada vulgar, de resolucion y enerjía: a pesar de su semblante un poco severo, se simpatizaba con él porque parecia tener un buen corazon y ser sus sentimientos de los mas delicados. Vestia a lo campesino: holgada chaqueta de sayal, pantalon corto de la misma tela, media gris y zapaton algo bronco.

La mujer representaba idéntica edad a la de su marido: un tanto corpulenta pero bien formada, semblante macilento, facciones algo rudas pero que revelaban la resignacion y el sometimiento al trabajo, todo la hacia aparecer como la mas apropósito para cumplir

con la mision de esposa y de madre a la vez. Su traje era tan sencillo y humilde como el de su marido.

Pasados algunos instantes en silencio y sin dirigirse ni una mirada siquiera el uno al otro, el hombre se levantó, y despues de dar algunos paseos por la habitacion :

—Rosa, dijo, me he determinado al fin; mi partido está tomado.

—Cómo! Siempre piensas en tomar una resolucion? Pues bien: yo te aconsejaria, Pedro, que te resolvieses a vivir en paz, a olvidar a quien en nosotros no pensó ni pensará talvez.

—Nó, eso es imposible: mi deber por una parte y mi desesperada situacion por otra, me aconsejan lo contrario.

—Si, a mi ejemplo, te resignaras, no pensarias en abandonarnos para ir en pos de la ingratitude. Deberes, atenciones mas sagradas te ligan a tus pequeños hijos.

—Tú cuidarás de ellos, Rosa: por mas que conozca la fuerza de tus razones, hai un poder que me arrastra..... Sí, esta noche misma salgo a la de Dios, y si, Él mediante, encuentro a mi hija, estaré pronto de vuelta, pero no sin haber antes vengado.....

—Cállate, desgraciado! le interrumpió la mujer. ¿Has perdido la razon para atreverte a ofender así a nuestro Dios? Con tales proyectos no pienses, nó, en salir ni menos volver con felicidad al lado de tu familia. Y luego, quién te guiará, a dónde dirigirás tus pasos con algun acierto, siquiera con remotas esperanzas?

—Cierto que son mui vagas cuantas noticias he adquirido; mas, la justicia de mi demanda, el instinto de padre, mi sed de venganza!.... Ah! seis meses sin saber de ella! Seis siglos de deshonor, de tormentos para mí! La encontraré, no lo dudeis, Rosa, la encontraré aunque la hayan soterrado para sustraerla a mis pesquisas. Y entonces volveremos a ser felices teniéndola a nuestro lado, y ella nos acariciará como siempre, y sus hermanitos ya no llorarán por su ausencia, y a nuestra casa volverá la calma, y la felicidad..... ¿No es verdad, Rosa?

Esta, al parecer tan resignada, a las palabras de su marido recordando a su hija no pudo proseguir afectando serenidad: las lágrimas se desprendieron de sus ojos, sin poder ocultarlas a la vista de su sagaz esposo.

El buen Pedro sintió que el corazon se le oprimia, y conmovido en extremo, exclamó:

—Ah! tú que me aconsejas la conformidad, tambien desesperas! Pero no llores, Rosa, que si un doble pesar te anonada en este momento al saber que estoi decidido a partir, consuétete la esperanza

de tener aquí muy pronto reunida toda la familia. Un presentimiento me dice que he de ser el portador de nuestro mas valioso tesoro..... Empieza, pues, Rosa, por arreglar lo necesario para mi viaje, mientras yo ensillo mi caballo..... Mi hermano Domingo queda a cargo de todo el ganado; ya le he hablado con anticipacion.

Diciendo esto, Pedro tiró a un lado la tranca con que estaba asegurada la puerta que daba al corral, y salió en busca de su caballo.

Rosa, entretanto, con la vista empañada por las lágrimas que vertian de sus ojos, empezó a hacer los aprestos del viaje. Por mas entera que fuese su alma y bien dotados sus sentidos, no podia sino con gran dificultad hacer lo que deseaba. Su imaginacion, ora vagaba por un mundo desconocido para ella, y veia a su hija abandonada, sin recurso alguno, sin un pan que comer! ora se le presentaba su marido, dominado por la desesperacion, amenazante, iracundo, dejándose caer sobre el raptor de su hija y vengando su deshonor! Y despues de todo esto, ella tambien abandonada en el mundo, sin marido, sin su hija y hasta sin razon ni hogar!....

Entró, por fin, Pedro preguntando si ya todo estaba listo; a lo que contestó su buena mujer precipitándose en los brazos de su esposo, deshecha en lágrimas, la actitud suplicante y recordándole que siete hijos quedaban esperando su pronto y feliz regreso.

Al llanto de Rosa despertaron algunos de sus hijos: medio despiertos, medio dormidos, se precipitaron al centro de la casa, y colgándose de los vestidos de su madre, sollozaban, jemian, gritaban como bajo la impresion de una pesadilla. ¡Era la primera vez que se les alejaba su padre!

Pedro, casi fuera de sí, abrazó a su esposa, besó y acarició a sus hijos; luego, como un atolondrado, cojió sus botas de campo, un par de alforjas apertrechadas, descolgó sus espuelas y salió casi corriendo a tomar el aire que parecia faltarle a su respiracion.

Toda la familia le siguió; pero él, no bien logró ataviarse, saltó sobre su caballo pronunciando con dificultad estas palabras:

—Adios, Rosa!.... mis hijos, sobre todo!.... mis hijos!....

Rosa entró con sus niños en la casa, y haciéndolos arrodillarse:

—Pidamos a Dios, dijo, que guie los pasos de ese buen padre!

III.

El mes de febrero de 1818 se presentaba como uno de los mas fecundos en acontecimientos: los desastres y calamidades de que diariamente se tenian noticias, provenientes ya de los encuentros de las fuerzas patriotas con las del rei, ya de partidas de guerrilleros

que en sus correrías hacían prodigios, no tanto de valor como de barbarie, siendo el terror de las jentes pacíficas y abandonadas en los campos del Sur; los hechos de Pincheira, que la misma fama de la guerra pregonaba con espanto; los grandes aprestos que se hacían para decidir en un próximo encuentro la causa de vida o muerte para el país: todo esto y mas aún llenaba de consternación a las familias, quienes tenían, si no la vida de uno de sus miembros o de un amigo comprometida en la guerra, al menos corrían peligro sus intereses, sus convicciones el riesgo de sufrir un doloroso desencanto: no había persona, por insignificante que fuese su posición social, que pudiese decir como en nuestras contiendas fratricidas de hoy día: «Yo soy neutral: nada espero ni temo de uno ni de otro bando; lo que siento es el derramamiento de sangre, la ruina del país.» Ah! ¿y en esos tiempos no se apreciaban las vidas, no se lamentaba la ruina del país? Era que entonces había patriotismo y se peleaba por la independencia, por la libertad! Se peleaba por lo que había de darnos patria, héroes y jénios, prosperidad y civilización!

Empero, volvamos a nuestro principal objeto: todos, pues, hacían esfuerzos por aniquilar al enemigo común; todos tenían algo que evitar a sus hostilidades.

Un joven patriota, como de 20 años, hermoso y de noble continente, hijo de un viejo hacendado del Sur, era uno de los que tenían tesoros que ocultar. Sabedor de que algunas partidas enemigas recorrían los campos vecinos y no tardarían quizás en caer por allí, tomó el partido de llevarse a la prenda de su alma, a su querida Aurora, lo mas distante posible de las casas de la hacienda, donde hasta entonces la tenía *guardada*.

Una noche montó en su caballo, se la echó a la grupa con el niño que llevaba en sus brazos, y picó al animal con dirección al bosque.

La noche era oscura, pero no tanto que hubiera impedido examinar de cerca la hermosa pareja que llevaba encima un manso y bonito animal.

Si no hubiese sido por los tres años en que la edad del joven aventajaba a la de su linda compañera, cualquiera no hubiera considerado muy aventurado el tomarlos por hermanos gemelos.

Habremos hecho la descripción de ambos personajes diciendo que Aurora era tan preciosa como su nombre, y su compañero el mas digno de ella.

La criatura que Aurora llevaba en sus brazos no tendría aun dos meses, segun podia deducirse del débil llantito que a las veces se sentía.

Al llegar a una honda quebrada que era preciso atravesar por un estrecho sendero, por mui diestra que fuese Aurora para tenerse en el caballo, suplicó a su querido que la bajase de él para atravesar a pié todo el trecho peligroso.

—No, Aurora, confia en el buen animal que nos lleva: toma bien no mas el niño y sujétate de mi cintura.

—Pero, ¿no ves, Florencio, que el camino es pésimo y el menor resbalon.....

—No tengas cuidado: el caballo tiene medido palmo a palmo este mal paso.

Efectivamente; el animal parecia dotado de una intelijencia casi racional: de trecho en trecho se paraba un instante y bajaba la cabeza como para cerciorarse del terreno en que iba a sentar sus cascos.

Sin ningun contratiempo bajaron hasta el fondo de la quebrada; pero allí la criatura empezó a llorar mucho, por lo que Florencio creyó justo se apeasen por un momento. El niño-calló luego que su madre le dió el alimento y el abrigo de su propio seno. Entretanto, Florencio se sentó al lado de Aurora, y con voz algo concentrada exclamó:

—¡Hoi hace un año justamente que te poseo, querida mia, y aun no puedo volverte la calma que te robé!.... Bien sabe Dios que de mi voluntad no depende!

—Qué haremos, Florencio, si un fatal destino contraría tus deseos! Tú me has arrebatado, es verdad, la calma de que antes gozaba; pero no es eso lo que siento: el golpe dado a mis padres, la tortura en que les tendré, la incertidumbre en que vivirán respecto de mi suerte... esto es, Florencio, lo que amarga mi existencia, lo que me abate sin cesar!

—Y nadie seria el autor de tus desgracias, alma mia, sino quien te ha precipitado en este laberinto que llamamos mundo!.... Pero ¿no participo yo tambien de tus inquietudes? ¿No sufro, y quizás con mas dolor que tú, los efectos de nuestro amor? Por desgracia, poco confiais, Aurora, en la esperanza que me dá aliento y que aun calma mi desesperacion.....

—¡Siempre es una esperanza lo que se ofrece al desgraciado como el iris precursor de la felicidad; cuando no pasa de ser un fantasma que se nos espeta, fantasma que toma mas o menos dimensiones, segun son los pensamientos que asaltan nuestra imaginacion!

—Entonces desconfias completamente de la dicha que nos espera? La jóven no contestó.

—Vé, Aurora, prosiguió Florencio, mi padre ha salido hoy para la capital, confiándome el cuidado de la hacienda a mí solo como el único hijo que posee. Él espera únicamente a que el país se tranquilice para emprender un viaje a Europa; y entonces podríamos unirnos para siempre, sin que él se atreviese a persistir en su negativa a nuestro enlace. Tenemos un hijo, y este nuevo motivo influirá poderosamente en su voluntad. Además, hoy he tenido noticias de que el ejército del rei se ve amenazado de muerte por las armas patriotas: en pocos días mas estará terminada la guerra y afianzada para siempre nuestra libertad.

—Ah! bien sabes, Florencio, cuán poco confío yo en esas acciones y reacciones que nos tienen en continua zozobra!

—Esta vez, por el contrario, yo veo que estamos en vísperas para entrar en esa vida tranquila que nos hará felices a nosotros, al país entero, a medio mundo en fin! Dios mediante, con fé espero este resultado.

—Él lo quiera, Florencio! Sin embargo, corren rumores de que numerosas montoneras enemigas andan sembrando el terror, la muerte, la devastacion por los campos, principalmente en las haciendas en donde suponen o *saben que se arman algunos patriotas para defender sus derechos, sus propiedades, sus vidas.....*

A estas últimas palabras, Florencio fijó la vista en Aurora, porque notó que las recalcaba demasiado, lo cual le hizo sospechar que habria llegado a su noticia los preparativos que se hacian en la hacienda para el caso de ser sorprendidos por algunas fuerzas enemigas.

—Eso no te inquiete, tímido y escelente corazon, le dijo Florencio afectando preocuparse mui poco de lo que Aurora le decia. Son cuatro desesperados los que han emprendido esa carrera; pero nosotros les haremos lo que se llama guerra de recursos, y a fé que si ellos llegan por nuestra hacienda.....

—Es lo que temo, Florencio; se dice que esos montoneros son una jente desalmada que no sabe lo que es compasion ni misericordia.

—¡Guerrilleros y nada mas! Con sus escaramuzas asustan a nuestros pobres campesinos, y entonces hacen de las suyas; pero que se acerquen por aquí, y ya verán como nuestros huasos, a palo y lazo, los tratarán como a perros.

Aurora parecia gozarse en contemplar a su querido mientras se espresaba dando tan poca importancia a sucesos que le habian referido a ella de bien distinto modo.

—Que no te preocupe temor alguno, alma mia, le dijo Florencio; cuida de nuestro hijo, que lo demas irá bien.

Al recuerdo que hizo del niño, advirtió Aurora que se habia quedado dormido, y dijo:

—Seguimos adelante?

Florencio se levantó, y despues de colocar a Aurora en el anca del caballo, montó él sin que tan bien enseñado animal ni siquiera se moviese.

IV.

La subida fué menos trabajosa.

Continuó la marcha con toda felicidad hasta llegar al pié de elevadísimas montañas, cuya majestad apenas permitia ver como un átomo el rancho que parecian buscar los viajeros y que estaba casi perdido en la espesura del bosque.

—Hemos llegado, observó Florencio. Como ves, Aurora, este lugarcito ofrece por su posicion un seguro asilo contra todo lo que pudiera serte incómodo. En él no vive mas que el vaquero, su mujer y dos o tres hijos que tienen. Creo que aquí no encontrarás malo sino la soledad.

—Eso no importa, mi amigo; ya estoí acostumbrada con ella: lo que sí sentiré mucho será tu ausencia.

—Vendré diariamente a verte, dueño mio, y así no estrañaremos el cambio.

El caballo se habia detenido a una puerta cuyas varas le estorbaban el paso. Varios perros, saliendo de sus escondites, se precipitaron ladrando sobre el bulto que habian visto; pero luego parece que algo les dijo al olfato que la jente era de casa, y concluyeron por callar y menear la cola.

La puerta del rancho fué abierta, apareciendo un hombre con una luz en la mano. Al llegar éste a las varas:

—Nos esperabas, Juan? le preguntó Florencio.

—Sí, señor, contestó el vaquero; desde temprano.

—Bien: recibe a Aurora, y muéstrale en seguida tus pobrezaas.

—Señor, todas le pertenecen, y siento que nada valgan; pero el cariño lo suplirá todo, señor.

—Gracias, amigo, dijo Aurora; yo tambien soi una pobre y me avengo bien con las jentes de mi clase con tal de que sean honradas.

—Lo que es eso, señorita, ahí está mi patron que responderá por mí.

—Como nó: Juan es un buen muchacho, Aurora; hombre de bien, trabajador, y como tal el mas querido de mi padre; sujeto a quien yo tambien he distinguido de los demas inquilinos, y que ahora mismo doi de ello una prueba confiándole las prendas de mas valor que en el mundo poseo.

—De ellas, señor, responderé con mi vida!

—Gracias, Juan, gracias.

Todos se dirijieron en seguida al rancho, en donde se operó una completa revolucion: los niños se metian en las petacas, la mujer daba vueltas sin saber qué hacer; y todo porque el *rico* habia llegado a la casa.

Asi que las cosas volvieron a su estado normal, no se cansó Florencio de recomendar a su amante Aurora con su hijo. Todo sacrificio exijia para ellos y solo para ellos.

Escusado será decir que Florencio se despidió esa noche de una manera harto orijinal, y para hacerlo así él tenia sus razones. Aurora lloró, le abrazó, le presentaba repetidas veces a su hijito; y para ello tambien Aurora tenia sus razones.

Juan acompañó a su patron hasta bien distante de su rancho.

—Señor, le decia por el camino, ¿viene Vd. mañana?

—Talvez, pero es preciso que tú vayas bien temprano para entregarte varias cosas que harán falta a Aurora. Tengo que hacerte tambien varios encargos, pues quiero preverlo todo. Tú sabrás que las guerrillas salidas de Chillan han pasado ya el Itata, y es preciso estar alerta. ¡Quién sabe, Juan, lo que puede suceder!

—Y hai armas en la casa, señor?

—Mui buenas, y creo que mi jente sabrá aprovecharse de ellas... No dejes, pues, de ir mañana; pero de esto nada digas a Aurora. Buena noche, pues, Juan.

—Dios le acompañe, señor.

V.

Estando para entrar en accion los dos ejércitos que debian dar por resultado el triunfo de las armas patriotas en los campos de Maipú, cuatro guerrillas, organizadas en Chillan por los defensores de la causa del rei Fernando VII, salian para el Norte al mando respectivo de sus jefes Ibañez, Zapata, Pincheira, y el vizcaino don Francisco de Mendoza, éste último comandante en jefe de los cuatro pelotones de guerrilleros.

Estas fuerzas se componian de españoles, algunos hijos del pais

amantes de la monarquía, y tambien de jentes que tomaban las armas porque encontraban ocasion para ello, sin poder darse cuenta de la causa que defendian, ni menos si buena o mala era la que iban a combatir.

En su tránsito por los campos habian dejado bien trazadas sus huellas.

Los maulinos, patriotas decididos, al saber que esas montoneras debian sorprenderlos, mudaron como por encanto su poblacion a la márjen opuesta del rio Maule. Hasta la única campana que habia en el pueblo se la llevaron consigo; pero no calcularon los infelices que sin armas ni recurso alguno con qué defenderse, serian estériles todos sus esfuerzos de resistencia. Asi fué que, cuando menos se lo imaginaban, una montonera les cayó encima, y despues de una hora de disparos recíprocos de fusilería desde una márjen a otra del rio, el triunfo quedó por el rei: allí se pudieron tomar algunas embarcaciones, y atravesando el rio se hicieron varios prisioneros. Maule era, pues, ganado por los fieles sostenedores de la monarquía.

Entretanto, Pincheira hacia de las suyas por otra parte: llegaba a los poblados y preguntaba si no habian visto pasar por allí a *esos pícaros godos*.—«Sí, le contestaban, no hace mucho atravesó por aquí una montonera haciendo desatinos.»—«Ah! bribones! ¿No tienen Vds. caballos y armas para que los sigamos?» «Cómo nó,» decian los pobres huasos, y salian de sus casas armados y en disposicion de perseguir a los godos. A poco andar, Pincheira los ponía a la vanguardia de su jente y los hacia fusilar traidora y cobardemente por la espalda.

Sigamos, pues, los pasos de esas célebres guerrillas, que ya han atravesado los rios Itata, Maule y Mataquito. Avanzan para el Norte y preparan un golpe a una hacienda que estaba como a una legua solamente del último de estos rios.

Probable es que el lector haya inferido que el punto objeto del asalto premeditado por la guerrilla, no es otro que la misma hacienda en que Florencio preparaba su jente para el caso de un ataque de los montoneros.

Justamente al inmediato dia de haber llevado a Aurora a casa del vaquero Juan, cuatrocientos y tantos guerrilleros invadieron las casas de la hacienda cuando el dia aun no aclaraba bien y estando los inquilinos completamente desprevenidos. Estos desgraciados no tuvieron tiempo ni para echar mano a sus armas: la dispersion, la fuga fué el único partido que pudieron tomar; empero los despiertos defensores del rei Fernando rodearon en un momento los potreros

de la hacienda y con sus tiros hicieron replegarse a las casas la mayor parte de los que huían.

Dueños del campo y bien asegurados los *insurgentes*, de los cuales mui pocos pudieron escaparse, debia formarse un consejo para juzgarlos. De veinte y tantos prisioneros, siete fueron condenados a muerte, ejecucion que debia tener lugar al siguiente dia.

Florencio fué tambien cojido, y considerado como jefe o cabecilla, se le sentenció a sufrir la pena capital como a los mas comprometidos de sus subordinados.

Un cuarto le fué designado para que le sirviese de calabozo, y en donde debia pasar las horas de capilla encomendando su alma a Dios sin mas socorro ni consuelo espiritual que el que pudiera encontrar en su conciencia, en su propia alma, en la religion que profesaba!

Al verse solo, prisionero y reo de muerte, su primer pensamiento fué consagrado a Aurora y su tierno hijo. ¡No haber podido siquiera dejar su nombre como herencia lejitima a tan desgraciadas criaturas! ¡Sorprenderle la fatalidad precisamente en el momento mismo en que pensaba asegurar la suerte de sus mas caras afecciones, y para lo que solo esperaba al vaquero Juan! Qué seria de este! Si tambien le cojerian al presentarse en la hacienda sin saber lo ocurrido!.... ¡Qué golpe no se daria a Aurora al noticiarle de su prision, de su fin! Si podria ¡tierno y amante corazon! resistir a la pérdida de su primer amor!.... Qué suerte correrian en el mundo ella y su hijo!....

Estas y otras reflexiones preocuparon su imaginacion por largos momentos. Encerrado y sin que la mas tenue luz penetrara en su calabozo, se le presentaba asaz sombría y tétrica su situacion. Ignoraba completamente la suerte que cabria a sus inquilinos; pero de tiempo en tiempo los agudos gritos y lamentos de alguna madre o esposa que penetraban hasta su estrecha prision, iban a orientarle un tanto del jiro fatal que tomaba la causa de sus pobres jentes. Esto, que hubiera podido conformar a una alma egoísta, ponía en la mas desesperante situacion al noble y buen Florencio; pues él se consideraba el autor de todas las desgracias que pudieran sobrevenir a sus pobres huasos, esas almas tan sencillas y grandes, como humildes y sumisas aparecian en su exterior!

—Hé aquí el abismo a que he arrastrado a esos infelices! se decia Florencio. ¿Qué les importaba a ellos ni a mí la independecia ni la libertad? ¿Quedaré siquiera algun recuerdo de esas víctimas que van a ser sacrificadas por el despotismo? ¿Serán inscritos sus nombres en las sagradas pájinas de los mártires de la patria?.... Error! Ahí está el Redentor del jénero humano que parece le veo rechazando.

mis quejas! Ah! Dios mio! Solo vos, justo apreciador de nuestros actos, podreis darnos la resignacion que necesitamos para morir con espíritu tranquilo, con el pensamiento elevado solo ácia vos! No nos abandonareis, no, cuando hemos cumplido con el mas santo de los deberes de un ciudadano! Venga, pues, la muerte, que con valor, con entusiasmo la espero!....

Y como un idiota en todo el acceso de su demencia, empezó a dar fuertes y repetidos golpes a la puerta de su calabozo. Esta fué abierta, y presentándose un realista armado:

—Qué quiere, qué tiene Vd? le preguntó.

Al fijarse Florencio en el individuo que le interrogaba, no pudo menos que asombrarse de su aspecto, pero sin poder darse cuenta del motivo.

—Me parece Vd. un buen hombre, y desearia me hiciese el servicio de llamar a sus jefes.

—No hai inconveniente, jóven.

El realista, despues de encomendar a otro de sus compañeros el cuidado del prisionero por un momento, fué él mismo en solicitud de lo que deseaba el reo que estaba custodiando.

No tardó en volver con los jefes.

—Qué se os ofrece, amigo? preguntó el que parecia ser el superior de todos.

—Señores, aunque he considerado como proverbial la hidalguia de los realistas, quiero de ello tener ahora una prueba: perdonad a esos inocentes que teneis condenados quizás a morir; no tienen mas culpa que el haber obedecido como buenos servidores al patron que les dá el pan. Aquí me teneis: yo soi el único culpable; disponed de mí... ¡Dejadme morir siquiera con la conciencia tranquila!....

—Sentimos no poder satisfaceros: ya estais todos juzgados como rebeldes, y aquí no hai apelacion..... Centinela! cerrad esa puerta, y cuidado con el prisionero!

VI.

Qué era del vaquero Juan?

En cumplimiento a la órden de Florencio, con noche aun montaba en su caballo y se dirijia a las casas de la hacienda: no le faltarian diez cuadras para llegar a ellas, cuando sintió algunos tiros que le hicieron detener el caballo como por un golpe eléctrico. Fijó luego la vista en el lugar de donde habian salido, y no tardó en ver la dispersion de jente y el rodeo que practicaban los realistas. Dudan-

dó del confuso laberinto que se presentaba a sus ojos, resolvió detenerse por algunos momentos para poder cerciorarse del desenlace que tuviera aquella escena. Le bastaron algunos segundos para conocer la realidad: un fujitivo, caballero *en pelo*, parecia tomar la direccion en que él se hallaba. Juan no esperó otra prueba que pudiese costarle cara, y tornando la rienda a su caballo, le clavó la espuela para volver atras al escape.

En un momento se puso Juan en su rancho. Al verle tan pronto de regreso su mujer, que ya estaba en pié con todos sus hijos, no pudo menos que preguntarle por la causa de su pronta vuelta; a lo que el vaquero solo contestó llevando el dedo a la boca en señal de que convenia guardar silencio.

Aurora, que no habia dormido en toda la noche a causa de los fatales presentimientos que la agitaban, sintió la llegada de Juan y notó el silencio que sucedió a la pregunta de su mujer. Saltó de su humilde lecho y, apenas vestida, salió fuera del rancho. En el mismo instante llegaba a todo galope el jinete que habia dejado atras el vaquero. Los recelos de Aurora fueron confirmados.

—Qué sucede, Dios mio! exclamó.

—Una gran desgracia, señorita, gritó el recién llegado; la hacienda está llena de montoneros!.... No sé cómo me he escapado!....

A las primeras palabras, Aurora lanzó un grito, Juan dió algunos pasos con el objeto de interceptar la noticia, su mujer se quedó como clavada en donde estaba, y los niños corrieron ácia ella como los polluelos cuando sienten el zumbido del halcon cruzando el aire!

—Ah! bien me lo decian, y mi corazon lo confirmaba! exclamó Aurora. Juan, dadme un caballo, por Dios, un caballo para ir a las casas! Quiero salvar a Florencio, aunque me cueste la vida!

—Pero, señorita, eso es imposible! El patron no tardará talvez en llegar, y una vez entre nosotros, estará seguro, porque es difícil, para uno que no sea *vaqueano*, elegir con acierto el camino que, entre otros muchos, parte del *llamito* para penetrar en este espeso bosque.

—Si no me dais lo que os pido, me marcharé a pié; no hai tiempo que perder!

—Y el niño, señorita Aurora? observó la mujer del vaquero.

—El niño?.... Es verdad!.... Pero nó, le llevaré conmigo, y estoy cierta que su presencia influirá en los sentimientos de los enemigos.

—Esto no lo consentiré yo, dijo Juan; respondo de Vd., no solamente a mi patron, sino que ante Dios tendria que dar cuenta de mi descuido o debilidad. Señorita, yo no le dejo partir de mi rancho.

—Insensato! Y Florencio? ¿Crecis que tenga valor para dejarle en manos de sus verdugos, sin tocar antes cuanto resorte pueda?

—En ese caso, yo seré quien vaya a las casas; y aunque peligre mi existencia, por lo menos me acercaré lo posible para saber algo de la suerte que haya cabido a mi buen patron.

—Tambien yo me hallo en el deber de dar hasta mi vida, si necesario fuese, por el caballero Florencio, dijo con emocion el que habia llegado poco despues del vaquero. Yo te acompaño, Juan, y sabremos de nuestro patron a pesar de todo. Mudemos caballos y... confie en Dios, señorita, añadió dirigiéndose a la desesperada jóven.

—Acepta este partido? preguntó Juan a Aurora.

—Sí, pero bajo la condicion de tomar mis medidas en caso de que no esteis de vuelta en tres horas mas con buenas o malas noticias de Florencio.

—Convenido, dijo Juan.

En un instante fueron ensillados los caballos y partieron los dos inquilinos, quedando Aurora y la pobre mujer del vaquero en la mas azarosa situacion, llorando ambas a dos y consolándose recíprocamente.

—No parece sino que alguna maldicion viniese pesando sobre mí desde algun tiempo a esta parte, decia Aurora. No podria yo, Josefa, sobrellevar estos contratiempos, si mi amor a Florencio y a esta infeliz criatura no me dieran el valor necesario. Solo anhele la vida por ser útil a ellos, para consagrarles mi atencion, mi cariño, mi amor todo!

—Bien hace Vd., señorita Aurora, decia Josefa, porque esa es una gran virtud que Dios le premiará algun dia. No pierda la fé, y ya verá como El que todo lo puede no se hará sordo a sus clamores.... Pero qué le daria a Juan! Irse así no mas a meter a las casas! Es tan bárbaro ese hombre, señorita Aurora, que talvez va a introducirse con el otro allá entre esos realistas endiablados y capaces de comérse vivós, no digo a ellos.... Y entonces qué haria yo, señorita, con esta *parvada* de niños? Dónde encontraría un rincon en que meterme con ellos?

—Pierde cuidado, Josefa, que yo tengo familia y estoi segura de que mis padres no me han olvidado aun. Si Dios nos abandonase en estos lugares, saldriamos a pedirles a ellos un asilo, que demasiado buenos son para que pudieran negárnoslo.

—Y por qué Vd. dejó a sus padres, señorita Aurora?

—Ai! Josefa! Mi historia es bien larga para que en la actual situacion pudiera referírtela! No sé si la fatalidad o qué poder irre-

sistible fué el que me arrancó del seno de mi familia; lo cierto es que mi vida perdió desde entonces esa dulce calma que solo sabemos apreciar cuando la hemos abandonado sin saber lo que ella vale.

Por algunos instantes no salió Aurora, ni la inculta Josefa, de ese círculo en que se encierra toda criatura que se cree la mas desgraciada del mundo. El consuelo es Dios, esa fuente saludable al espíritu en que todos beben la esperanza que les alimenta..... creo que mas allá del sepulcro.

Dos horas no habrian trascurrido, cuando se sintió en el rancho del vaquero el inmediato galope de caballos.

Al apercibirse de ello Aurora, al instante se alzó de su asiento, pero las piernas casi no podian resistirle; las fuerzas le faltaban. Una palidez, hermosa si no hubiese sido mortal, cubria su semblante; el corazon le palpitaba con violencia; su cuerpo todo temblaba.

Aurora no tuvo valor para interrogar a Juan; pero con su actitud, con la mirada mas espresiva fué a confundir al vaquero que llegaba sin saber cómo dar la mala noticia de que era portador.

—Señorita Aurora.....

—Habla, Juan!..... No me mantengas en esta situacion!....

—Estamos mal, señorita..... Todo debemos esperarlo solo de Dios!

—Dime cuanto sepas, hombre despiadado! Qué es de Florencio, dónde está, si vive o muere.....

—Vive *aún*, señorita.

—*Aún*?!... Cómo es eso? Espílicate, Juan: ¿acaso corre peligro la vida de mi amor?

El vaquero no contestó: inclinó la cabeza y gruesas lágrimas se desprendieron de sus ojos.

—Juan, no me ocultes la verdad! Quieres mentir, y tú mismo te descubres!.... Ah! lloras en lugar de hablar!.... Qué es lo que ocurre, Dios mio!

—Hemos sabido que..... está sentenciado..... *a muerte*!! articuló apenas el pobre vaquero.

La última palabra produjo en Aurora un efecto terrible. Pobre jóven! Fué a caer en los brazos de Josefa!—(*Concluirá*).

ROMAN VIAL.